Por **Santiago Menor**

MANO ELEVADA AL CIELO. La mirada se alza al cielo, y también la mano derecha. Se puede imaginar la del Padre tendiendo la suya al Hijo, que ha cumplido su misión.

CORONA DE LUZ. Una corona luminosa sustituye a la de espinas. Recuerda al halo que iluminó el rostro de Moisés al recibir las tablas. La antigua ley recibe la luz del mandamiento nuevo, el de la nueva vida en Cristo. Su luz vence a las tinieblas.

ESTANDARTE. Porta un estandarte rojo serpentino, lleno de vida. A veces se usan variaciones: vara terminada en cruz, estandarte con una cruz bordada... Es la memoria de la cruz, donde Jesús muere y triunfa sobre el pecado.

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

¡Despierta!

SUDARIO. Va vestido con el sudario, recuerdo de su bajada real al reino de la muerte.

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO, cuyo cuarto centenario engalana su Sevilla natal, es uno de los pintores más representativos del Barroco. Hombre de familia, gran trabajador y católico fervoroso, alcanzó la fama por sus pinturas marianas. También pintó escenas de la Pasión, aunque con una pureza de líneas que huye del efectismo. Muestra de ello es esta *Resurrección del Señor*, en la que lanza un potente mensaje: Cristo, vivo de verdad, salva incluso a los soldados que lo asesinaron, cuyo espíritu dormido (como el de cualquier presa del pecado) es incapaz de percibir la victoria de Dios. De la mano de la historiadora del arte **Milagros García,** de Nártex, repasamos sus características.

HUMILDE DESNUDEZ. Cristo se viste de majestad, pero despojándose de su rango. Su Gloria es la de entregarse hasta dar la vida.

ESTAR DENTRO. La escena sucede en un espacio pequeño y sin que todo se vea íntegramente. Es una invitación a imaginar lo que falta y a percibirse dentro de la escena, como el consejo de san Ignacio en los Ejercicios: meditar escenas de la vida del Señor "como si presente me hallara".

LLAGAS DE LA PASIÓN. Se distinguen sutilmente la herida del costado y las llagas de los pies, como ecos de su dolor.